



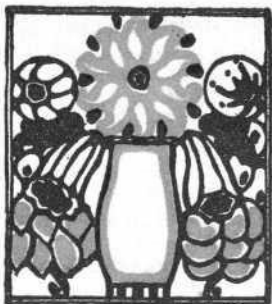
LAS HOQUERAS
DE CASTILLA





VT
COM

t. 112.9895
c.



E S T R E L L A

COLECCIÓN MINIATURA.

TOMO 34.

T O M O S P U B L I C A D O S

1. *CALENDARIO ESPIRITUAL*. (Un buen pensamiento para cada día.) Ordenado por G. MARTÍNEZ SIERRA.
2. *HORAS DE SOL*. Novela, por GREGORIO MARTÍNEZ SIERRA.
3. *CRISTO NIÑO*. Versos al Nacimiento del Hijo de Dios, por los mejores poetas españoles de los siglos XVI y XVII.
4. *GOZOS DEL DOLOR DE AMOR*, por RICARDO LEÓN.
5. *BREVIARIO DE UN AÑO*, por EDUARDO MARQUINA.
6. *VIAJE SENTIMENTAL*, por GREGORIO MARTÍNEZ SIERRA.
7. *LA PRINCESA SIN CORAZÓN*, por JACINTO BENAVENTE.
8. *A LA LUZ DE LA LUNA*, por SERAFÍN y JOAQUÍN ALVAREZ QUINTERO.
9. *MADRID*. Guía sentimental, por AZORÍN.
10. *LUCERO DE NUESTRA SALVACIÓN*, por INOCENCIO DE SALCEDO, y otras poesías a la Pasión y Muerte de Cristo.

11. *LA RECOMPENSA*. Novela, por JACINTO OCTAVIO PICÓN.
12. *PORQUE SÍ*, por M. LINARES RIVAS.
13. *EL CARBONERO ALCALDE*. Novelas, por PEDRO A. DE ALARCÓN.
14. *LIBRO DE ORO*, DE SÉNECA.
15. *LAS GUITARRAS MÁGICAS*. Cantos populares españoles, seleccionados por FRANCISCO RODRÍGUEZ MARÍN.
16. *MEDITACIONES*, por ANTONIO DE HOYOS Y VINENT.
17. *EL REY BALTASAR*, por LEOPOLDO ALAS (CLARÍN).
18. *LA VENTA DE LOS GATOS*. Novela, por GUSTAVO A. BÉCQUER.
19. *CREO EN DIOS*. Novela, por ANTONIO DE TRUEBA.
20. *NAVES EN EL MAR*. Novela, por CONCHA ESPINA.
21. *EL HERMANO*, por ALFONSO DAUDET.
22. *HUMORADAS*, por RAMÓN DE CAMPOAMOR.

23. *DESENGAÑO*. Novela, por DOÑA MARÍA DE ZAYAS.
24. *LEVE DISCUSIÓN CON UNA MOMIA*, por EDGÀR POE.
25. *EL NIÑO PRODIGIO*, por SANTIAGO RUSIÑOL.
26. *LA REINA DE LAS NIEVES*. Historia en siete cuentos, por ANDERSEN.
27. *LOS CIEGOS*, por M. MAETERLINCK.
28. *CUENTO DE VACACIONES*, por CARLOS DICKENS.
29. *LA SEÑORA CORNELIA*. Novela, por CERVANTES.
30. *UN DÍA*. Novela, por B. BJÖRNSSON.
31. *LO QUE VIÓ LA LUNA*, por ANDERSEN.
32. *LIBRO DE MÁXIMAS Y REFLEXIONES*, por RAFAEL ALTAMIRA.
33. *NUESTRA SEÑORA DE LOS OJOS VERDES*, por E. GÓMEZ CARRILLO.
34. *LAS HOGUERAS DE CASTILLA*. Peregrinaciones apasionadas, por ANTONIO DE HOYOS Y VINENT.



PEREGRINACIONES
APASIONADAS

LAS
HOGUERAS
DE CASTILLA

FOR ANTONIO DE
HOYOS Y VINENT

MADRID
MCMXIX

COPYRIGHT BY
G. MARTÍNEZ SIERRA, 1919

TIPOGRAFÍA ARTÍSTICA
CERVANTES, 28. MADRID

D E D I C A T O R I A

EN el pequeño espejo verde y convexo de tus ojos he ido viendo reflejarse los templos que tenían la sobria nobleza gótica de la fe, los palacios con su elegancia floreal del Renacimiento, puestos allí como enanos juguetes de marfil, para los juegos de una Infanta niña.

Contigo he sentido abrasarse mi alma en la mística hoguera de Avila, la urbe milagrosa en que

Antonio de Hoyos y Vinent
Teresa, la Santa, soñó aquel divino
verso:

*«Vivo sin vivir en mí,
y tan alta vida espero,
que muero porque no muero.»*

*Contigo he sentido renacer, al
calor hidalgo de Segovia, las viejas
virtudes caballerescas; he compren-
dido el alma de Isabel de Castilla,
la Católica, en el castillo de Medina
del Campo; pensé en la Reina loca
de amor, en Tordesillas; quise ser
sabio en Simancas, y mi alma,
como un pájaro maravilloso, cantó
en la caja de cristal de León.*

Después te olvidé. . .

No quedan de todo aquello más

Las Hogueras de Castilla
que unos pétalos marchitos, de
rosa; unos retratos pasados de
moda, y estas páginas.

*Ahi van: te las devuelvo como te
devolvería tus cartas. . . si no fuese
porque al releerlas ahora, sin ilu-
sión, las encuentro tan banales, que
las arrojé al fuego con una sonrisa
irónica. . . y un poco triste.*



Á V I L A

I

EL PAISAJE

CIERRA por un lado el horizonte, gris acantilado, que se tiende convulso, tan escarpado, fiero e inaccesible, que más semeja visión de remotas sacudidas geológicas. Un inmenso arco de cobre, fingido por la puesta solar al otro lado, es como maravillosa puerta que se abre sobre un fondo suavemente azulino, propicio a la evocación de celestiales visiones. Tal vez entre las nubes, un alma cándida y visionaria adorase a la Santa Virgen Maria, rodea-

Antonio de Hoyos y Vinent

da de serafines. Cortado a pico es el tercer lado, como si allí acabase el mundo. Y allí, efectivamente, concluía para aquellos hombres fuertes y esforzados, que ignoraban todo, y que, sin embargo, veían venir Princesas de Inglaterra a matrimoniar con sus Reyes, y emisarios de lejanas tierras a ofrecer una Corona imperial a Don Alfonso *el Sabio*. Y por fin, completando el cuadro, se yergue, sobre una altura, Avila, casta, áspera y noble en su recinto de murallas, como la mística ciudad de diamante que evoca en «Las moradas» la Madre Teresa de Jesús.

No he visto nunca, con haber visto muchas, tierra donde el paisaje y las almas estén más acordes. Sucede esto, tal vez, porque en ninguna parte el paisaje es más rudo ni las almas más hoscas. Todas las

Las Hogueras de Castilla

maravillas de la civilización no han sido sino portentosas túnicas o briales de brocado bordado de oro y aljófares echados sobre la férrea cota de malla. Así, mientras en otros lugares, al tiempo que el paisaje se ha afeminado, se ha hecho más teatral, más ambiguo y convencional, las almas se han adormecido en quebrantadores deleites, en Castilla, a la sobria y concentrada grandeza de las cosas, han respondido las viejas virtudes cívicas.

Algunas veces se me antojan las urbes castellanas hogueras prodigiosas, en que las almas se abrasan en una sola fe, y así Toledo es la hoguera de la Realeza; Salamanca, de la Ciencia, y Avila, la hoguera del amor de Dios.

Vamos avanzando hacia la ciudad. Tierras ocres, pardas, amari-

Antonio de Hoyos y Vinent

llas, riscos grisáceos; más lejos, la mancha negra de unos árboles, y luego más tierras, que se ven en la luz crepuscular en una rara gama de violetas. Poca gente, pocos carros, poca vida. Hay una oquedad que produce sensación casi de angustia, «como si la ciudad fuese lo único que quedase en pie en el mundo de los hombres».

II

LA CIUDAD

No voy a hablar de Ávila la fuerte, rescatada por seis veces del poder de los árabes; de la ciudad fiel a Alfonso VIII, que ostenta en su escudo, como galardón perpetuador de su heroísmo, al niño Rey en las

Las Hogueras de Castilla

almenas del castillo; ni de la portentosa cinta de murallas, según Street y Ford, las más interesantes que quedan en el mundo; ni voy a seguir a la fantasía popular en sus leyendas de la bella «Puerta del Rastro» y de la no menos interesante «de la Mala ventura», y más lejos aún está de mi ánimo hablar de la industria y el comercio. Esto último sería pueril; el interés de Avila está en algo absolutamente opuesto a su modernidad: está en su carácter arcaico.

Porque es Avila una de las pocas ciudades que conservan su espíritu «Edad Media». Avila es una ciudad que «tiene alma», una de esas ciudades que Reyes, Reinas e Infantes decían «mi» ciudad de Avila, «mi» plaza de Antequera, «mi» villa de Tordesillas, o «mi» ciudad de Segor-

Antonio de Hoyos y Vinent

via. La personalidad de las ciudades era un elemento de fuerza y de poder, pero también de discordia. Se daban a un Soberano o a un magnate, pero guardaban todo el orgullo de su «yo» y sabían, en último caso, pedirle cuentas. Las ciudades entonces eran fuertes y valerosas, y tenían su espíritu propio. El de Avila, hasta Santa Teresa, fué heroico; con la Santa se tornó en místico, quizás porque siendo otros los tiempos, prefería refugiarse en Dios, que claudicar. Hizo como esos grandes caudillos que, viejos e incapaces para el campo de batalla, optan por retirarse a un Monasterio, antes que contemplar en espectador las proezas de los otros.

Que el carácter de la ciudad fué heroico, nos lo dicen Jimena Blázquez, Nalvillos, Sancho y Gómez.

Las Hogueras de Castilla

Pero fué también místico y caballeresco: las fundaciones de sus Obispos, sus leyendas piadosas y los hechos de sus señores, lo demuestran.

Hay sitios en esta vieja ciudad que nos dan la sensación de haber retrocedido muchos siglos. La plaza donde está la Catedral, siempre desierta, silenciosa, con los enormes edificios callados, muertos en derredor, y la puerta que se alza en la muralla, nos dicen mucho de lo que debió de ser aquella vida. Como no se tratase de ocasión excepcional, justa o festejo, o de conquista, las gentes llevaban una vida inmóvil, por así decir petrificada. Las suntuosidades, las riquezas, los nobles boatos, preparados años y años, servían para recorrer unos metros de distancia. Los ejércitos eran unos centenares de hombres; la pobla-

Antonio de Hoyos y Vinent

ción, escasa... Y, sin embargo, se ignoraban los unos a los otros. El paisaje era siempre el mismo, e iguales o muy semejantes las lecturas. Así todo lo que esta vida carecía de extensión, había de ganarlo en intensidad. El paisaje tenía secretos maravillosos: un libro trazaba una vida nueva; y las largas meditaciones ejercían enorme influencia sobre los espíritus. Por eso, en vez del escepticismo moderno, en vez del desdén, de la duda y de la ironía, vivía una intensa pasión en ellos; y su ciudad era sagrada; su Rey, intangible; su religión, única. Y si caían en la herejía, no era una herejía razonadora y glacial, sino una herejía llena de prodigiosos misterios, de que les abrían rutas hacia vergeles sorprendentes.

Las Hogueras de Castilla

III

LOS VIEJOS PALACIOS CERRADOS

¿Qué resta de estas almas recias en la ciudad actual? Vamos visitando los viejos palacios con sus orgullosas leyendas: «Mal que te pese», «Si una puerta se cierra, otra se abre»... Son casas fuertes, que fueron de Esteban Domingo, del Marqués de las Navas, de los señores de Navamorcuende, de Polentinos, de los Velada, de los Valderraones, el del Virrey Blasco Núñez de Vela, de los Campomanes. Unos se han convertido en edificios públicos o en conventos; otros están abandonados; otros encierran una miseria, una enfermedad o un gran dolor. Hay escudos de armas gloriosos,

Antonio de Hoyos y Vinent

portadas labradas portentosamente, patios de insólita belleza; en el zaguán de uno se ve a devoto caballero de tiempos de Carlos II, *el Hechizado*, en oración ante la Santa.

Y, sin embargo, ¡quién sabe todo lo grande, todo lo bueno, todo lo útil para España que les sería dado hacer a estos nobles de Avila, de Burgos, de Toledo, de Salamanca, de Valladolid! Ellos, no contaminados por la frivolidad ambiente; ellos, las almas preparadas por la meditación en la soledad, podrían salir, como antaño salieron sus ascendientes, a defender el fuero de su ciudad para hacerla grande y poderosa, y hacer que de la suma de valores surgiese una España fuerte.

Las Hogueras de Castilla

IV

EL ESPÍRITU

Casi en todas las ciudades que tienen un pasado, la historia de la ciudad está enlazada a un nombre. Es inútil que haya otros sucesos u otros nombres que evocar: aquel suceso o aquel nombre es el representativo. Avila es Santa Teresa.

Ya he dicho que antes de la mística Doctora, el espíritu de la ciudad fué heroico, y que ella lo cambió en místico. La reformadora de la Orden del Carmelo fué toda llama de amor. Se abrasó, se fundió, se derritió en amor por Cristo. Sus palabras, inflamadas de divina ternura, son como lenguas de fuego que queman cuan-

Antonio de Hoyos y Vinent

to rozan; sus poesías, de una ingenuidad de romance andariego, tienen un encanto exaltado de adoración.

Pero Teresa de Cepeda no fué sólo una exaltada: fué también una luchadora y una organizadora prodigiosa. Si hubo pecado en su vida, fué el de los grandes penitentes y los grandes fundadores: pecado de orgullo, orgullo hecho de humildad, pero orgullo al fin. Supo imponerse y supo ser *ella*. Mansa, siempre humillada, fué recia y opuso a todo su inercia. Su alma fué gemela de la gran Isabel; en vez de Reina, fué Santa. Todas esas cosas, que ahora, para nosotros, tendrían un valor relativo, entonces tenían un valor político también. No hay que olvidar ni a Íñigo de Loyola, ni a Lutero, ni a Felipe II, ni a los Con-

Las Hogueras de Castilla

des de Egmont y Horn: eran valores frente a valores; tras la religión había altos conceptos de nacionalidades, teorías políticas completas.

Teresa fué una gran Santa, una gran política y un poeta maravilloso.

V

LOS TEMPLOS

Sin embargo, y tal vez por eso mismo, no hay templos, realmente buenos, posteriores a ella. Fundó conventos. Los templos son anteriores, de cuando las cosas se hacían sólo en un impulso de fe. El Escorial no da la sensación del misticismo, sino de la fuerza.

Hay en Avila iglesias muy bellas, *pero pobres*. En primer lugar, la

Antonio de Hoyos y Vinent

Catedral, suntuosa iglesia gótica del siglo XIII, con un retablo de Berruguete y otro labrado en alabastro; San Vicente, Santa Sabina y Santa Cristeta, iglesia admirable que tiene una misteriosa leyenda; Santo Domingo... Pero lo que prefiero es Santo Tomás. Allí, en un portentoso sepulcro, duerme en el centro del templo el Príncipe Don Juan, único hijo varón de los Reyes Católicos.

Ante su tumba me detengo, y medito. ¿Qué hubiese sido de España, de vivir? Si en vez de ir a parar a Casas extranjeras, hubiese ceñido la Corona las sienes de este Príncipe, ¿hubiese seguido él la política de su madre? ¿Hubiese España continuado acumulando energías dentro de sí misma, hasta llegar a un florecimiento *español*? ¿Hubiese sido la Península entera una portentosa ciu-

Las Hogueras de Castilla

dad murada con una puerta abierta sobre América?

La figura yacente duerme leve y juvenil en su maravillosa tumba, y el arcano del Destino yace bajo la losa sepulcral.

VI

ATARDECER

Dejo Ávila, y me alejo lentamente. El cielo es ahora inefablemente azul: es ese cielo cobalto que los frailes artifices miniaron en los Breviarios. Y destacada del cielo azul con estrellas de oro, la ciudad es una quimérica urbe de marfil; sobre sus muros almenados asoma la carabela de plata de la luna.

VII

EL VALOR REPRESENTATIVO DE LAS COSAS

Más que cada piedra, que cada héroe y que cada hecho o leyenda en sí y aisladamente, tienen todas las cosas que se refieren a nuestras viejas urbes heroicas un valor representativo: son documentos para ir formando la historia del alma española, sus virtudes y sus defectos; los pasos que dió para acercarse a la gloria primero, para alejarse de ella después.

No un rápido desfilarse por los escenarios de la epopeya, ni un curioso hojear de libros y papeles, ni tan siquiera unas horas de honda meditación ante el paisaje (con ser este

Las Hogueras de Castilla

medio de más honda eficacia), bastarían para hacernos cargo; sería preciso, como esos artifices medievales que daban su vida entera a una obra, que había de quedar anónima, que ponían todo el tormento de su duda o de sus pasiones en un capitel o una gárgola, que encarnaban su inquietud en un raro monstruo y unos feos demonios, ofrendar nosotros también la vida entera en una sola llamarada de fervor. Entonces, y sólo entonces, seríamos dueños del secreto.

Pero, piedras, vidas y leyendas nos hacen *sentir*, aunque no tengamos tiempo de *hacernos exactamente cargo de lo que sentimos*.

VIII

[LA FE

Hay una iglesia en Ávila, que es un prodigio de arte bizantino. Debe de ser del siglo XI, puesto que aunque la tradición la hace remontar a más remotas épocas, ese es el momento en que tal estilo aparece en la Arquitectura española. Está fuera de la muralla y la falta una torre. Desde lejos se alza como uno de esos fuertes baluartes de fe que eran a manera de avanzadas de las ciudades heroicas. Dentro, bajo un baldaquino, se ve suntuoso sepulcro, donde duermen los tres Santos, Vicente, Sabina y Criseta. Y en ese sepulcro existen unos admirables bajorrelieves, y

Las Hogueras de Castilla

uno de ellos es *La historia del judío*.

Desnudo, escuálido, debátese contra un monstruo, horrendo diablo o alimaña feroz. Es fama que el tal judío blasfemó contra los Santos al pasar por el lugar en que sus cuerpos se hallaban enterrados, y entonces surgió el bicharraco, y apriisionándolo en sus anillos, estuvo a punto de dar buena cuenta de él si, arrepentido de sus pecados, no se hubiese apresurado a ofrecer en desagravio la construcción del templo.

Lo más extraño es que no es posible dar un paso por ciertas regiones ni bucear en la Historia sin tropezar a cada momento con los judíos. Leyendas trágicas, en que con tiernos infantes se parodia el drama terrible del Calvario; misteriosos ritos,

Antonio de Hoyos y Vinent

audacias políticas, combinaciones financieras, persecuciones...

Todos los problemas españoles están mezclados con la cuestión fundamental de la raza, de la división de castas, del esfuerzo desesperado por guardar la pureza de sangre al contacto, de salvar de contaminaciones nefandas la pureza de fe.

Porque el gran resorte de aquellos hombres era la fe. Fe en Dios, en su Patria, en su Rey: fe. Y esa fe les hizo fuertes, y cuando la vida moderna relajó el resorte, comenzaron a flaquear. Perdieron la fe en los demás, y no supieron tenerla en sí mismos.

IX

EL HEROÍSMO

Jimena Blázquez simboliza el heroísmo. Esposa de Fernán López; ausente su marido con las huestes en Toledo, los árabes sitiaron la ciudad. Y mientras los hombres lloraban, acobardados ante su inutilidad para contener a la morisma, la hembra, fuerte y valerosa, vistióse con los atavíos guerreros de su marido. Y como sus hijas y doncellas la imitasen, y las otras mujeres de la ciudad siguiesen su ejemplo, y presentáranse todas en las murallas, arrojando, según nos cuenta Sandoval, «ballestas y piedras», los enemigos dejáronse engañar por los pertrechos masculinos, y creyendo la pla-

Antonio de Hoyos y Vinent

za bien defendida, levantaron el cerco.

Para nosotros, hombres modernos que nos hemos hecho a la idea de una guerra de titanes, pero que, por lo mismo, no podemos abarcarla con la mirada, es muy difícil, por no decir imposible, representarnos el cuadro, lo que con galicismo llamaremos el bello gesto.

Hay que ver la aridez fuerte, áspera y concentrada del paisaje; la hosca impenetrabilidad de las murallas; el cielo, a la vez propicio y atento, y los horizontes cerrados por los cantiles fieros, para imaginarnos la abigarrada turba morisca, sus feroces gritos de conquistadores, y el valor duro, sobrio, *masculino*, de aquellas mujeres.

Reinas que hilaban y hacían Reyes; que daban el pecho a sus hijos

Las Hogueras de Castilla

y conocían el arte de guerrear; heroínas que fueron infinitamente mujeres, y sin embargo supieron envejecer y morir, para quienes la existencia fué una línea recta y la voluntad un arco de acero. Si su vida se rompía, aún tornábanse en *pastoras de lobas* en algún Monasterio heroico, o contemplaban con los ojos sin pestañas ya, secos, quemados, cobijados bajo las tocas, *cómo seguía la Historia.*

X

AHORA...

Ávila es como un relicario en que se guardase una fuerza milagrosa, una fuerza santa, capaz de despertar a los que se habían dormido en

Antonio de Hoyos y Vinent

el placer. Si amamos las ciudades legendarias, si las estudiamos con amor, con pasión, cada día encontraremos en ellas nuevos encantos, y poco a poco nos irán dando la clave de sus secretos, que será la clave de nuestra grandeza.

Avila, Agosto 1917.



I

EL SORTILEGIO

YO no sé qué tiene este portentoso paisaje castellano para así cautivarnos e inflamarnos de pasión; pero es el caso que, cuando nos alejamos de él, creemos habernos liberado de su sortilegio, y fríos escépticos, desdeñosos, nos encogemos de hombros; pero apenas vueltos a su áspero y duro encanto, se enciende en nuestras almas el fuego de todos los entusiasmos. Sin darnos cuenta, ante los pelados riscos, los hondos barrancos y los negros

Antonio de Hoyos y Vinent

encinares, sentimos una rudeza heroica enseñorearse de nosotros, y pensamos, nostálgicos, en el castillo roquero que hubiésemos alzado allí para tremolar las banderas de Castilla ante la morisma. Es, tal vez, algo así como la devoción que nos inspiran esas vejeces adustas, que sin embargo adivinamos, henchidos de infinito amor.

II

LA NAVE

Segovia es la nave ideal que fingía la mayoría de las urbes arcaicas; la torre de su Catedral viene a ser la arboladura, el alcanzar la proa que se tiende, próxima a hendir la adusta paz de los campos yermos.

Las Hogueras de Castilla

Hay pocas ciudades en el mundo que den la sensación de señorío, de severa nobleza, que da Segovia. En la diafanidad milagrosa de su ambiente se recorta heroica y grave sobre el horizonte cerrado por la ciclópea cadena de los acantilados y las cordilleras que a veces fingen la trágica rigidez de una mujer yacente. Tiene, sobre otras ciudades, su perspectiva: una perspectiva de teatralidad maravillosa, que debió hacer de las viejas luchas una cosa de sorprendente belleza. En torno a ella vense el misterioso convento de los Templarios; Santa Cruz la Real, de donde salió el torturoso espíritu férreo, tenebroso y cruel de Torquemada, y, en fin, una joya suprema de arte y de belleza: el Real Monasterio de El Párral.

III

EL LONHENGRIN DE CASTILLA

La historia de «El Parral», evocada nuevamente por un libro lleno de ciencia, amenidad e interés, de Antonio Jaén, ha hecho surgir otra vez una figura vaga y doliente, que no hace mucho encontramos en un libro de Sitges, admirablemente comentado por el Marqués de Laurençin: la figura ambigua del Rey Don Enrique IV.

Es una figura triste y violenta, apática y vehemente, que discurre entre odios y desdenes, hermética; pobre Narciso de la estepa castellana, que soñó con un mote o lema bello y ácido, «Agrio dulce es reinar», por enseña el fruto de oro lleno

Las Hogueras de Castilla

de rubies. Y al través de los siglos hay una rara paridad entre el «Rey segoviano» y el pálido Luis de Baviera.

Quiso, cual como éste, alzar raros alcázares ocultos en el fondo de misteriosos paraísos. «En el Alcázar hay un elegantísimo palacio, adornado de oro, plata y de color celeste, que llaman azul, y con el suelo de alabastro — dice el noble bohemio Rosminta, describiendo la mansión del Rey de Castilla —. Se ven también allí dos patios edificadas con esa piedra. En el palacio están las esfinges de los Reyes que desde el principio ha habido en España, por su orden y en número de treinta y cuatro, «hechos en oro puro», sentados en sillas regias, con el globo y el cetro en la mano...

... En este mismo palacio nos lle-

Antonio de Hoyos y Vinent

varon a otras cinco salas o cámaras hechas de alabastro y oro con pavimento de mármol; entre ellas, la que sirve de dormitorio al Rey tiene un artesonado de reluciente oro, y las ropas del lecho están tejidas con oro. . . »

¿Verdad que nos parece asistir a los delirios del Monsalvato?

También aquí pasan sombras equívocas — D. Beltrán de la Cueva, petulante y fanfarrón; el Marqués de Villena, maligno —, y no falta el médico, un judío acusado de hechicerías. Y si no hay cisne, hay la roja granada simbólica.

Las Hogueras de Castilla

IV

ISABEL LA CATÓLICA

Pero hay una personalidad en que la historia de Segovia, con ser siempre muy interesante, culmina, porque en realidad con ella culminó el «españolismo»: la Reina Isabel de Castilla.

Y digo «la Reina», y no «los Reyes», porque el Fernando de Aragón fué infinitamente menos español que su regia consorte; tuvo más de italiano en espíritu, e involuntariamente nos hace rememorar esos Príncipes escépticos, ambiciosos y camaleónticos, que se educaron en la lectura de Maquiavelo.

Ella fué española, infinitamente española, y «además Reina». Tuvo

Antonio de Hoyos y Vinent

la vocación de Reina, como pudo tener la vocación de Santa, y todos los dolores, todas las amarguras no bastaron a doblegarla ni vencerla.

En realidad, ahondando un poco en este período, veremos que cuantos problemas de la vida española aún subsisten, planteáronse o agudizáronse en aquel entonces. Muchas de las medidas dadas por la Reina lo habían sido ya por sus antecesores; pero se diferenció en el procedimiento; la leyenda, probablemente falsa, de que Isabel no se mudase la camisa en todo el tiempo que duró el cerco de Granada, es una suciedad, pero es también todo un símbolo: es la voluntad tendida hacia un solo fin.

El primer problema fué el del centralismo. La Reina pensó que para que sus Estados fuesen fuertes

Las Hogueras de Castilla

necesitaban una sola dirección, una unidad absoluta de acción, y todo su afán se encaminó a ello. Complicado con esto estaba el oponer una vida urbana a la vida rural, puesto que ésta sólo servía para que señores turbulentos se endiosasen y rebelasen contra el Poder real, y ese el segundo anhelo. Igual sucedió con la religión y con las razas; la Inquisición fué en realidad, a medias, arma política; pues dado el enorme poder de la religión entonces, poco era darle las penas corporales frente a la formidable eficacia de las espirituales. Fueron, pues, dos las claves de toda esta política: el absolutismo, que unificaba el poder, y el españolismo, que tendía a reconcentrar las fuerzas dentro de la nación, para hacerla invencible a ella, y a las demás sus esclavas.

Antonio de Hoyos y Vinent

Aquí se me ocurre una observación descorazonadora: los árabes eran sabios, cultos, tolerantes; dejaban a los vencidos su religión y sus costumbres, y acababan siempre por perder; los castellanos, fanáticos, absolutos y despóticos, perseguían con el fuego la religión de los vencidos, con la ley sus hogares y haciendas. . . y vencían. Y este pensamiento, atrozmente retrógrado, me obsesiona un momento, me hace avanzar y retroceder. En realidad, harían falta páginas y páginas para demostrar que era sencillamente un fenómeno de relajación de la voluntad en unos, de exasperación voluntariosa en otros. . .

Sigamos: cuando se había llegado a la más alta afirmación de españolismo, cuando se iba a dominar el mundo, el Destino, irónico, puso la

Las Hogueras de Castilla

Corona de Castilla en las sienas de una loca, primero; en un Príncipe extranjero, después.

Y no puedo olvidar el roto sepulcro de alabastro, en que duermen en una iglesia de Avila las cenizas del Príncipe Don Juan, con quien tal vez fué a la tumba el ensueño de un mundo español.

V

LA ESCONDIDA SENDA

Una Revista muy bella, honra del Arte tipográfico español, *Castilla*, que se publicaba en Segovia, resucitó uno de los problemas histórico-arqueológicos más interesantes del arte segoviano, por tratarse de «El Parral», joya inestimable de la Ar-

Antonio de Hoyos y Vinent

quitectura hispana. Muchas y muy interesantes cosas dice también a este propósito Antonio Jaén, en su ya citado libro sobre Enrique IV, y realmente es curioso y apasionante saber si el suntuoso Monasterio fué delirio del Rey u orgullosa ofrenda del valido; si los frailes pecaron de ingratos a Enrique, o mostráronse con exceso adictos al de Villena.

Cuenta una tradición, de que son fanáticos los unos, ser ofrenda de D. Juan de Pacheco a Nuestra Señora del Parral, por haberle librado, inspirándole una astucia, de la muerte, en cierto apurado trance en que, acometido el caballero por un su enemigo, a quien acompañaban dos, hubo de gritarles: «¡Traidores, no os valdrá vuestra traición; pues si uno de vosotros me cumple lo prometido, dos seremos contra dos!»;

Las Hogueras de Castilla

con lo cual, sembrando entre ellos la desconfianza, logró vencerles. Afirman, por lo contrario, los otros, no representar sino un magnífico ensueño de Enrique *el Segoviano*. Casi prefiero, a decir verdad, esta idea. Es «El Parral» tan bello, tan magnífico y suntuoso; riman tan bien con su boato las granadas del «Agridulce es reinar», que se comprende la quimera del Rey.

Yo sólo sé que entre aquellas portentosas ruinas, en la insólita esplendidez de la capilla de alabastros en que dan guardia al altar las orantes estatuas de los Villenas, se siente la nostalgia de la vida monacal, de los santos Monasterios en que había un huerto florido, una biblioteca de viejos infolios y una iglesia tallada en jaspes, malaquitas y alabastros.

VI

EL SECRETO DEL SINAÍ

Antes de entrar en Segovia, están Santa Cruz la Real y la cueva de Santo Domingo de Guzmán. La historia del Santo, su martirio, en que como en tantos otros de la época los judíos siguieron las huellas de la pasión del Señor, son conocidos.

Yo creo en la misteriosa virtud de las montañas, de los desiertos y de las cuevas donde los santos patriarcas, los fundadores y los filósofos (¿cómo olvidar a Zaratustra, con su águila y su serpiente?) se retiraron a dialogar con Dios.

Santo Domingo retiróse a una cueva, donde le envolvió el aura

Las Hogueras de Castilla

del milagro y donde concibió sus altos pensamientos. Dios le visitó.

Todos los grandes Santos, los grandes fundadores y los grandes profetas, tuvieron su Sinai.

¿Qué importa que Joherse apareciese envuelto en fuego a entregar a Moisés las Tablas de la Ley, o que en las largas horas de meditación concibiéralas el viejo pastor de pueblos? ¡Qué importa! Obras fueron de Dios, pues fueron obra del pensamiento en soledad.

¡Ah! Se me olvidaba consignar que de este convento salió el gran inquisidor Torquemada, que según Leonardo Gallois, vió condenar en sus tiempos 10.220 personas a perecer entre las llamas purificadoras.

VII

LA FUENTE ESCONDIDA
Y LA LLUVIA ARDIENTE

También Teresa de Cepeda puso el ardor casi bélico de su fe junto a la melancolía poética de San Juan de la Cruz. En la montaña, frente a la ciudad, se ve el lugar donde el místico oraba y trabajaba; en oración en Santa Cruz la Real, sintióse la Doctora arrebatada en éxtasis, y cuatro horas permaneció orando suspendida en el aire. Y al escondido manantial de amor que formaba deleitoso remanso en el huerto florido, opúsose la llama que era arrobo de visión y fuerza de voluntad, la que creara los grandes fundadores españoles.

Las Hogueras de Castilla

VIII

LA CIUDAD DE DIOS

Dudo que exista una visión más teatralmente bella que la de la Catedral segoviana, vista en plena llanura, yendo en el ferrocarril camino de Medina del Campo. Es el yermo seco y árido en «que se puede hablar con Dios», la soledad en que por fin encontramos nuestra alma. Y súbitamente, en la desolación de geológica grandeza, surge la visión maravillosa de una ciudad (a esa distancia, perdido el sentido de la medida, el templo se convierte en ciudad) prodigiosa, con filigranadas cresterías, labrados pináculos y confusos monstruos; y dominando el bosque de pétreos cipreses, la

Antonio de Hoyos y Vinent

alta torre de elegancia insuperable.

He ahí la ciudad de fe. En remotos tiempos, su visión debió ser aliento de los unos, pasmo y espanto de los otros. Ahora es como un místico fantasma entrevisto en nuestros éxtasis, en que el opio ha substituído al milagro.

IX

EL ALQUIMISTA

Tal vez uno de los rincones más apasionantes de la ciudad es la Plaza de San Juan. Forma una plataforma que avanza sobre el vacío. Desde ella se divisa un paisaje de reciedumbre admirable: primero, en la hondonada, el verde retiro de «El Parral»; luego, «los Templarios», con su primitiva sencillez como una

Las Hogueras de Castilla

vieja fortaleza de la fe; tras ellos las lomas grises y siena, y, en fin, sobre el telón del cielo, implacablemente azul, un pueblo todo calcinado de sol, un pueblo triste, trágico, casi convulso.

En una vieja iglesia de esta plaza, en el románico encanto de San Juan de los Caballeros, un artista maravilloso, Daniel Zuloaga, trabaja en misteriosas alquimias, ayudado por sus hijos Juan, Theodora y Esperanza. Es un espectáculo sugerido el del viejo templo convertido en taller, donde el anciano de largas barbas de nieve, aquellas barbas maravillosas del verso de Valle Inclán

Las barbas de nieve sobre el Santo Misal,
.....

y las mujeres de ojos brujos, negros ojos llenos de misterio, hacen surgir

Antonio de Hoyos y Vinent

sobre la áspera superficie del barro la maravilla de un iris fragmentario.

Aún en esta misma Plaza de San Juan vive otro artista, enfermo, «de Segovia»; otro artista que posee el secreto de la urbe noble: Manuel Martí Alonso. En sus impresiones hay espíritu, mucho espíritu y una rara visión acre y apasionada, que se destaca en las ilustraciones de un bello libro de Julián Moulero, «Itinerario sentimental».

X

LAS REBELDES

Aunque pecara de ingrata con la ciudad de Segovia, la Reina Católica «fué Segovia», porque Segovia es la más genuina representación de España, y la Reina Isabel

Las Hogueras de Castilla

fué la afirmación del españolismo. Por esto, aunque otros períodos de la historia de la ciudad nos digan de mayores florecimientos, «veo mejor» ese momento.

La guerra de las Comunidades fué el principio de otra obra política. Isabel concibió un ensueño de unidad que era intensificación de vida interior, apartamiento de influencias extrañas y expansión exterior: españolizar el mundo. No contó con que esos ensueños luchan contra la ley de la vida; somos mortales y casi nunca encuentran continuador. Derrotados los comuneros, se iba a europeizar España con un alto en que Felipe II intentaría por el hierro y por el fuego, en su nombre y en nombre de Dios, impedirlo.

Segovia, Agosto 1917.

MEDINA DEL CAMPO

I

EL SOLAR DE LOS ROTHSCHILD

MIENTRAS la Reina Católica hilaba, meditando en la conquista de Granada, desde la torre del castillo de la Mota contaba los carros que por los caminos venían a la muy noble villa de Medina del Campo, emporio entonces de las riquezas de su Reino.

Un alto pensamiento político dictábale su atención por aquella urbe rica y comercial, donde se giraban anualmente «quince millones de ducados». Medina del Campo era el

centro del comercio y de la riqueza. Visitando la ciudad, abandonada y triste en la pátina de los siglos, y leyendo el interesante libro de Cristóbal Espejo y Julián Paz, «Las antiguas ferias de Medina del Campo», cuesta trabajo creer que pueda ser verdad tanta maravilla.

¿Cómo imaginarnos la vieja villa castellana, dormida ahora bajo el polvo y bajo el sol, en aquellos tiempos espléndidos en que en la rúa Nueva había hasta catorce lonjas, donde se vendían paños, sedas, brocados y telas de oro y plata? ¿Cómo representarse la enorme plaza, llena por la algarabía de los mercaderes que traficaban en paños de Segovia, mantas de Palencia, boneterías toledanas...?

Claro que en su plaza inmensa, una de las mayores de España,

Las Hogueras de Castilla

contemplando la Colegiata de San Antolín, con su bella portada Renacimiento, donde se conserva el antiguo pendón de Castilla; visitando luego el Hospital de Simón Ruiz, de amplias proporciones, en cuya iglesia se ven dos admirables retratos orantes de los fundadores, se tiene esa impresión instintiva de grandeza que sentimos ante las cosas que fueron, como en esas casas linajudas, poderosas ayer, que han venido a menos, y donde, sin embargo, hay algo que impone temor y respeto. Pero, por muy grande que sea el esfuerzo imaginativo, no alcanzará a tanta grandeza.

Cedió tu pompa a la fatal porfía
de tirana ambición de los extraños;
mas hizote el ejemplo de tus daños,
libro de sabios, de ignorantes guía.

Antonio de Hoyos y Vinent

Libro y guía debía de ser para nosotros la historia de la ciudad antaño rica, pobre hoy. Tal vez la obra más alta, más noble y más patriótica, sería la de resucitar las industrias españolas, florecientes en otros siglos nuestros, en el nuestro frío e industrial. Ahora que todos los países del mundo buscan la manera de bastarse a sí mismos, ¿cómo no pensar con nostalgia en los paños de Segovia, los cristales de La Granja, las sedas granadinas y sevillanas, y, en fin, todas esas industrias de forjadores, porcelanas, objetos vidriados, botones de metal, alfileres, peines, sombreros... ?

De aquellos altos comerciantes que en Medina realizaban sus negocios, es fama que descienden los actuales Rothschild.

Las Hogueras de Castilla

II

EL CASTILLO

Por orden de Juan II construyó Fernando Carreño el castillo de la Mota. Pudiera ponérsele alta divisa que rezase así: «Aquí fué prisionero César Borgia; cobijo dió a Doña Juana de Castilla, *la Loca*». Constituyó para Isabel la Católica un lugar de descanso y también un reposito de energías, y a él vino a morir, para morir en «su» castillo, desdeñando los vergeles granadinos, las riquezas del segoviano «tocador de la Reina» y sus otros alcázares.

En ruinas actualmente, tiene aún una adusta magnificencia, una gra-

Antonio de Hoyos y Vinent

ve y fervorosa grandeza. Es como el alma hecha piedra del paisaje.

III

UN VIEJO PALACIO

Existe en Medina del Campo un enorme palacio, que la Marquesa de Argüeso, noble patriota, adquirió hace poco. Es el Palacio de Dueñas. Como tantas otras grandezas, el linaje ilustre a quien un Rey hizo «Señores de Dueñas y de cuatro títulos», vino a tierra, y aquel palacio, que albergara a Carlos V, a Felipe II, a Felipe V y a Fernando VI y Doña Bárbara de Braganza, está casi deshecho. Tiene, sin embargo, la maravilla de un patio Renacimiento español, rara vez superado en belle-

Las Hogueras de Castilla

za, artesones portentosos, forjados buenos, y tiene, sobre todo, el prestigio único «de lo que fué», el prestigio que es en Medina del Campo como el perfume encantado del ayer.

Agosto 1917.





VALLADOLID

HOGUERA Y FORJA

EN la vieja ciudad, fundada por el moro Ulith, detiéndose uno perplejo, solicitado el espíritu por dos antagónicas sugerencias: la de las viejas piedras centenarias, páginas gloriosas de la Historia de España, y la producida por la ciudad moderna, industriosa y comercial.

Porque si Valladolid tiene de *hoguera*, también tiene de *forja*, y si en ella vive el *ayer*, no por eso deja de alentar el *hoy*, y tal vez también allí se incuba algo del *mañana*. Así,

Antonio de Hoyos y Vinent

frente a las nobles «Huelgas», que fundara Doña María de Molina, viven los talleres ferroviarios, y a la sombra de la Catedral, de Juan de Herrera, que debió ser émula de la de El Escorial, constituye la industria harinera una de las riquezas nacionales.

II

LA MUJER FUERTE

Fué en el viejo convento de las «Huelgas» donde sentí por vez primera la sugestión de esta figura. En mi ambular por la ciudad, en ese apasionado vagar por los rincones de las poblaciones desconocidas, que es uno de los encantos de mi vida, llegué, al través de amplias vías que tenían el inefable ambien-

Las Hogueras de Castilla

te provinciano de algunas de Segovia, Avila y Medina, a una explanada donde se veía noble iglesia, «la Magdalena», cuya fachada era un enorme escudo de armas, que la infundía aspecto de austera grandeza. Entré; una tristeza infinita pesaba sobre todas las cosas y daba guardia de honor a un sepulcro de alabastro en que duerme un Obispo vestido de pontifical. Y aquella tumba, en medio de la iglesia vacía, oprimía extrañamente, con la sensación de que la Madre Muerte se hallaba sentada a sus pies, la guarda por cetro, y una sonrisa irónica para las glorias del mundo. Salí; una gran plaza, cercada por los muros de un convento; unas puertas verdes, carcomidas y resquebrajadas, y a ambos lados las cadenas que anuncian que Reyes habitaron

Antonio de Hoyos y Vinent

el lugar. Entré en la iglesia: la sensación de soledad y de grandeza era aún mayor, y también allí, sobre el sepulcro de blanco mármol, ahora dormía una figura: Doña María de Molina.

Días después, en compañía de una dama dos veces noble, por su estirpe y por sus aficiones artísticas, visité el interior del convento y el locutorio, donde destacábanse, al través de la doble reja, confusamente en la semipenumbra, las figuras monjiles, con la melancolía de viejos retratos desvaidos, y vi una curiosa pintura, que representaba a la vieja fundadora, rodeada de la Comunidad.

Doña María de Molina, la mujer de Sancho, *el Bravo*, fué el tipo de la mujer fuerte, pero *mujer* siempre, como fueron las heroínas castella-

Las Hogueras de Castilla

nas, esposa y macho, dejando sentir su influencia benéfica, pesando, para el bien, en el ánimo de su esposo e hijo, pero dejando el primer puesto al varón. Amó mucho a Valladolid, y Valladolid la amó a ella, y lo mismo en los días prósperos que en los adversos que siguieron a la boda de Don Sancho con Doña Constanza, la hija del Rey de Portugal, buscó consuelo en su amada ciudad. Y aun en la suprema del tránsito encomendó la tutela de su nieto Alfonso XI a los regidores y caballeros de la villa. Así en el lecho de muerte, cuando agonizaba en su casa, junto al convento de San Francisco, rogó a los caballeros valisoletanos fidelidad al Rey y no alejarse de él; pues así «me será menos sensible la muerte y bajaré al sepulcro más tranquila».

III

EL REY

Puesto que Minguet ha dicho que «Carlos I fué Rey y General, Felipe II sólo Rey, Felipe III y Felipe IV no supieron ser Reyes, y Carlos II no fué ni siquiera hombre», consideramos a Felipe II el Rey por antonomasia. Pero he aquí que otros no se contentan con menos que con llamarle *el demonio del Mediodía*. La figura de este Monarca es, en realidad, una de las más apasionantes de la Historia. ¿Fué sincero? ¿Fué un gran político? ¿Detuvo la decadencia española, o la precipitó? Yo creo que sus pecados fueron los que padecieron los santos ascetas: el orgullo y la lujuria. Sería enormemen-

Las Hogueras de Castilla

te apasionante seguirle al través de la leyenda; pero aquí no cabe ni aun esto. La celda de El Escorial, la Éboli, Antonio Pérez... Mas, entre todo ello, lo que sí es de altísimo interés para la historia de los pueblos es el por qué al europeísmo de su padre opuso un españolismo áspero y adusto. Tal vez sea por esa extraña ley que hace que los gustos de los hijos estén en contraposición con los de los progenitores, y que a un padre amante del fausto suceda un hijo modesto y taciturno, y a quien fué amoroso con exceso, uno casto hasta la exageración. Ascéticas tormentas, exaltaciones sexuales... el estigma de los Austrias estaba allí, en el nieto del Príncipe hermoso y de la Reina loca de amor.

El 21 de Mayo de 1527 nació en el palacio de los Condes de Ribadavia,

Antonio de Hoyos y Vinent

un palacio español amplio y achatado, donde se habían hospedado Carlos V y la Emperatriz Isabel, el Príncipe Don Felipe.

De sus ensueños de grandeza, de su idea pétrea, máxima inquebrantable de la vida, queda en Valladolid un monumento: la Catedral.

Antes que la idea de El Escorial tomase forma, se empezó; era el proyecto algo majestuoso y enorme, algo que simbolizaba muy bien la idea que de la piedad tenía el Rey. Quedó sin concluir; de las cuatro torres, sólo una hay en pie. Pero, aun así, resulta de un excepcional interés.

Las Hogueras de Castilla

IV

LA PERSONALIDAD UNIVERSITARIA

La gracia de una exuberante riqueza ornamental nos detiene ante una fachada milagrosa de vida, a pesar de hallarse el edificio que la respalda en ruinas. Figuras aéreas, ligeras, llenas de ritmo; guirnaldas de frutas y flores, conchas, estatuas... Es la Universidad vieja. Obra de Churriguera, es una de las cosas más bellas de la ciudad.

Ante ella evócase, sin poderse remediar, el poderío, el respeto, la fuerza, la *personalidad* de las antiguas Universidades españolas, y muy en especial la de Valladolid.

Todos los interesantes problemas que la de Salamanca nos sugerirá

Antonio de Hoyos y Vinent

seguramente, cuando de la hoguera de la Ciencia nos ocupemos, se dibujan aquí.

Era tal la certeza que de su poder y respeto tenía la Universidad, que como en el año 1565, hallándose el Obispo de Palencia en Valladolid, un licenciado, que el rector mandó prender, refugiárase en la casa donde se hospedaba el Obispo, y primero los criados y familiares opusiesen resistencia al merino, y luego su ilustrísima misma recibiera de mala manera al rector, éste recurrió al Real y Supremo Consejo, que abrió información para hacer justicia.

De la alta idea que de las Universidades españolas había en el extranjero, dan fe las dos visitas de Jansenio a Valladolid, y sobre todo la consulta hecha a esta Corporación

Las Hogueras de Castilla

por los católicos de Inglaterra, sobre cuestiones tan peliagudas como la autoridad del Romano Pontífice para absolver a los súbditos del juramento de fidelidad a sus Reyes.

La Universidad, por aquel entonces, era una enorme fuerza moral, una verdadera *fuerza liberal*, ante las extralimitaciones de otros oscuros poderes.

V

EL FUEGO PURIFICADOR

Decíame una vez una bella amiga mía que lo único que podía consolarla de no haber asistido al martirio de los cristianos en el Circo Máximo, ni de una quema de herejes en Valladolid, eran las corridas de to-

Antonio de Hoyos y Vinent

ros. No diré yo tanto; pero, ¿cómo negar que llamas inquisitoriales y toros y justas fueron documentos de la historia del pueblo español?

No es posible evocar nuestras urbes antiguas, sin ver pasar el cortejo sombrío: primero, las religiones, el Conde de Benavente llevando el guión de la fe; D. Juan de Pimentel y el Marqués de Villena llevando las puntas; la Cruz bajo palio, guardada por la religión de Santo Domingo. Luego, la *theoria*, dolorosa y grotesca; los endemoniados, los luteranos, los judaizantes, las brujas y las visionarias, con las corazas y los sambenitos, cercadas de llamas y de feos diablos que danzaban al andar los condenados. En fin: las llamas, el olor a carne quemada, y regio balcón con la hechizada persona del Rey Don Carlos II, nuestro

Las Hogueras de Castilla

señor, el labio colgando en la faz de cera, encuadrada en las lacias gue-dejas, apenas alumbrada por los ojos mortecinos.

Muchos autos de fe se celebraron en Valladolid, siendo uno de los más famosos el del 22 de Junio de 1636, siendo Rey Don Felipe IV.

En él salieron diez judaizantes, ocho hechiceros, tres bigamos, tres blasfemos, una beata lujuriosa, que fingía visiones de Jesús, la Virgen y los Ángeles, y dos estatuas.

VI

ESCUELA DE VALIDOS

Valladolid está lleno del recuerdo de dos validos reales: D. Álvaro de Luna y D. Rodrigo Calderón, Mar-

Antonio de Hoyos y Vinent

qués de Siete Iglesias. «¡En esta plaza murió D. Álvaro!», «¡Aquí prendieron al Marqués de Siete Iglesias!»

La caída de los dos favoritos es una alta lección que nos enseña que el único poder verdad es el que emana de nosotros mismos.

VII

LA MODA

En un libro muy interesante sobre Valladolid, escrito por D. Juan Ortega y Rubio, «Investigaciones acerca de la historia de Valladolid», encuentro algo que podría ser origen del tetricismo en el vestir de la Corte española. Así, en un curioso documento que desempolva el sabio catedrático, se nos dice cómo lleva-

Las Hogueras de Castilla

ron los caballeros dos años de luto por el Rey Felipe IV, y cómo habían llevado *siete* por otro Monarca.

Y sin querer, pensamos en los rostros curtidos por la falta de aseo y la penitencia, de los hidalgos, cuya ánima arde como un cirio en los retratos de los maestros.

VIII

EL RARO MUNDO DE LAS ESTATUAS

Hay en Valladolid una plaza que tiene el encanto de una de esas plazas italianas, donde están los viejos palacios de los Dux, de los Médicis o de los Pittis; allí, tras las columnas rematadas por rampantes alimañas heráldicas, se alza la magia del Colegio de Santa Cruz, que donara el

Antonio de Hoyos y Vinent

Cardenal Mendoza. Es un admirable edificio del siglo XV, donde viven ahora su quimérica existencia las portentosas figuras de la Pasión, de Berruguete; de Juan de Juni, de Pompeyo Lioni; donde agoniza el «Cristo de la Luz», de Gregorio Fernández; pone su horror el «San Pablo, decapitado», de Alonso Brilla-brille, y ríe «La Muerte», de Gaspar Becerra.

IX

EL RESCOLDO Y LA ANTORCHA

Aunque todo lo que al pretérito de la ciudad castellana se refiere, va ya dicho, queda algo que, siendo del ayer, es también del hoy: es como el rescoldo en que pueden encenderse las nuevas hogueras. Me

Las Hogueras de Castilla

refiero al Archivo de Simancas y a la Casa de Cervantes.

Solamente en algunas aguafuertes he hallado la sensación de reciedumbre, de hosca violencia, que en el paisaje donde descuella la fortaleza, hoy archivo. Desgraciadamente, Simancas es como una tea que ardiese en la llanura. Es tan incómodo, tan caro, tan complicado llegar allí, que para los que queremos consultar algunos documentos, ofrece la empresa casi tantas dificultades como para los enemigos que en remotos tiempos se propusiesen tomar el castillo.

No así la Casa de Cervantes. Por felicísima iniciativa del Rey, secundada por el acierto, el buen gusto y la autoridad que pone en todas sus empresas el Marqués de Vega Inclán, se ha hecho una hábil y dis-

Antonio de Hoyos y Vinent

cretísima restauración; se han puesto allí empleados respetuosos y serviciales, enterados además de su misión, y, en pocas palabras, se ha hecho asequible a todos. Es realmente una cosa llena de carácter y de detalles de gran curiosidad, como, por ejemplo, las antiguas Cartas de navegación.

Pero como si todo esto fuese poco aún, se ha instalado allí una Biblioteca pública, con horas propicias a las lecturas de obreros y estudiantes, que sea dicho en honor de ellos y de Valladolid, llenan las salas.

Así en las lecciones del ayer se educa el mañana.

Agosto 1917.

I

EL LETARGO

AL recorrer las calles de la vieja ciudad de Palencia, no sentimos ni la inquietud de heroísmos de las otras urbes, ni la curiosidad de evocar vidas arbitrarias como la de Enrique IV, la del de Villena o la de D. Alvaro de Luna. Es allí, en las rúas limpias y bien cuidadas, en el mediano tráfico de población adcentada, modernizada, una placidez burguesa, una sensación de vida provinciana que, saturándonos, llega a adormecernos.

Antonio de Hoyos y Vinent

Palencia es el tipo de la capital de provincia moderna, modesta, limpia y alegre: una ciudad que *se olvidaría de sí misma*, si no fuese por la Catedral, magnífica joya del siglo XIV.

II

EL ÓPALO BAJO LA LUNA

¿Por qué alguna vez asociamos en el recuerdo un perfume, una piedra preciosa o un verso, a una cosa que nada tiene que ver con todo esto? No sé; pero es el caso que tal vez porque a la luz del satélite la vi la primera vez, la Catedral palentina me parece un enorme ópalo. Como la piedra fatal, es fría, hermética; no es pobre, pero por fuera da una sensación de hosca glaciada.

Las Hogueras de Castilla

Apenas tiene adornos, y en la torre tronchada, el pequeño campanario aumenta la opresora impresión de abandono. Alienta realmente como algo de otros tiempos que ha quedado petrificado allí.

En torno de la iglesia, las calles están desiertas y silenciosas, y una plazoleta se abre, abanlonada ante el muro liso y hostil, en que se abren dos puertas: una magnífica y otra inacabada.

III

SU ILUSTRÍSIMA

Pero no he visto solamente la Catedral en la lechosa claridad lunar, sino que, volviendo a la tarde siguiente, una impresión, ésta atrozmente provinciana, ha estado a pun-

Antonio de Hoyos y Vinent

to de dar al traste con la anterior.

He arribado al templo en el momento en que una doble fila de beatas penetraba en él; un bedel, vestido de granate, esperaba en la puerta. He preguntado.

—Su ilustrísima el señor Obispo, que viene a la novena de San Antolín—ha sido la respuesta.

Y me ha parecido estar leyendo una deliciosa página de «Clarín» o de Galdós.

Dentro del sagrado recinto, la magnificencia del templo ha cautivado mi ánimo. Pertenece al periodo de transición y posee trozos de suprema belleza, como el trascoro, de estilo gótico florido, con delicados frisos y cornisas adornadas de labores platerescas.

Según vamos vagando por sus naves y capillas, nombres extraños

Las Hogueras de Castilla

nos van saliendo al encuentro: el abad de Husillos, Francisco Núñez; el deán Rodrigo Enriquez, el Obispo Fonseca . . . ¿Quiénes fueron estos hombres? ¿Cuáles sus altos hechos, que les hicieron merecer la honra de dormir en la calada maravilla de estos sepulcros?

Después van surgiendo ante nosotros obras de peregrinos artistas: Juan Ortin, el discípulo de Berruguete, autor del púlpito de Cabeza de Vaca; Juan de Holanda, Zurbarán, con su admirable Santa Catalina en oración. Y soñamos con esas vidas fervorosas, llenas de arte y de fe, que se dormían con una idea más alta que la gloria humana: con la idea de haber ganado un Paraíso pintando a la Virgen María o a Cristo en la cruz.

Guarda la Catedral palentina al-

Antonio de Hoyos y Vinent

gunas suntuosas alhajas, cálices de valor artístico, tapices soberbios, que adornan la sala capitular; algunas vestiduras de magníficos bordados españoles, y una Custodia de exquisita belleza y gran magnificencia, obra acabada de la orfebrería del siglo XVI, ejecutada por Juan de Benavente.

Es de estilo grecorromano, y consta de dos cuerpos, en el segundo de los cuales se ve la estatua de San Antolín.

IV

LA VISIÓN HEROICA

En la placidez de la tarde rodeamos la ciudad. Ya no es el paisaje adusto y rudo; hay manchas de verdor, álamos puntiagudos, que se re-

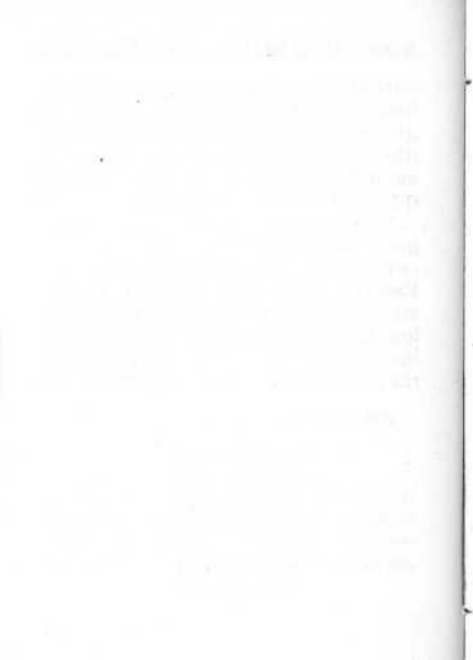
Las Hogueras de Castilla

cortan en la clara palidez del cielo; hay un río de quietos remansos, en que se duplica el paisaje; hay caminos blancos que vienen a desembocar en un vetusto puente, bajo el que se arrastra el Carrión.

Súbitamente, en esta paz de égloga castellana surge, como reminiscencia de los siglos heroicos, San Pablo, con su aspecto mitad de iglesia, mitad de fortaleza, que sugiere los heroicos días del XII, y evoca las figuras que duermen en la historia de la noble ciudad de Palencia.

Agosto 1917.





LAS TUMBAS DE LEÓN

I

LEÓN

SEGÚN vamos desandando el camino de la Reconquista, las figuras son más rudas, más toscas, más deformes, pero también más acusadas de rasgos; tienen algo de las esculturas talladas por los pastores en troncos de árbol, de los rudimentarios relieves que con rica fantasía y torpe mano esculpieron los artífices de los siglos VIII, IX y X.

En el viejo Reino leonés evocamos, sin poderlo remediar, las figuras de los Monarcas guerreros y ca-

Antonio de Hoyos y Vinent

zadores, fieros y piadosos, y vemos desfilar a Ordoño, el de San Esteban de Gomar y Valdejunquera; al Rey monje, Alfonso IV; la grotesca figura de Sancho el Craso; los trazos violentos de Ordoño el Malo. Con trabajo rehacemos aquella vida primitiva, limitada y fuerte, y vamos viendo cómo se acumulan energías precisamente en el crisol de aquella rudeza, mientras, en un raro florecimiento de ciencias y artes, se evaporaba, como enafiligranado pebetero, la arábica violencia de los invasores. Pensamos en aquellos Reyes que iban a hacerse curar de sus dolencias a la Corte de los Monarcas enemigos, que con su lanza decidían la batalla y que eran a la vez frailes y guerreros.

Las Hogueras de Castilla

II

LA CAJA DE CRISTAL

Pequeña, frágil, de una prodigiosa gracia, de una aérea magnificencia, es la Catedral de León. Al verla tan ligera, tan quebradiza, tan alada, pensamos en los santos templos que los ángeles transportaron de un lado a otro por concesión de Dios. Aun con todos los medios de que se dispone en la actualidad, asombraría siempre el milagro que supone las enormes vidrieras engastadas en la leve elegancia de las columnas de piedra.

Ya en el atrio sorprende la riqueza ornamental, aliada siempre con una ligereza y una elegancia extraordinarias. Dentro del templo, el

roto iris de las vidrieras nos aturde y embriaga de luz y de color. Por admirable iniciativa del ilustre Conde de Cerragería, que ha donado a la iglesia una soberbia verja de bronce cincelado, con bellas figuras y los escudos de armas de España y de su Casa, para sustituir al altar que partía el recinto sagrado, puede contemplarse el interior en toda su majestuosa belleza, y una vida misteriosa surge en el chisporrotear de luces verdes, rojas, gualdas, azules y violetas, y nos cuenta la vieja historia del templo, que comenzara a elevarse por iniciativa del Obispo de León Manrique de Lara.

Una estatua de Ordoño II destácase entre otras bellas esculturas orantes; la sillería del coro, tallada por Juan de Malinas, dice del arte del escultor; las pinturas murales

Las Hogueras de Castilla

del claustro, medio borradas, nos inquietan y enamoran, y al pisar la calle sentimos la melancolía de aquella fe que fué y no es ya, *de aquella fe capaz de transportar las montañas.*

III

LAS TUMBAS

Pero hay en la ciudad algo más evocador, algo más sugeridor que la Catedral, y es la Colegiata de San Isidoro. Tiene este edificio, que guarda toda la suntuosa magnificencia de los siglos pretéritos, de romántico y de bizantino. En su fachada, exornada por una riqueza ornamental insólita, vense no sólo los cristianos mitos, sino también la

Antonio de Hoyos y Vinent

magnificencia del Zodiaco y otras profanas suntuosidades.

Pero más que todo esto nos atrae y cautiva, nos hace soñar y *pensar*, nos lleva a murmurar el lúgubre *pulvis eris...* la cripta donde reposan los Reyes de León.

Gruesas columnas sostienen las bóvedas, muy bajas, enriquecidas con sombrías pinturas del siglo XI: esas toscas pinturas en que se ven rígidos personajes de enormes cabezas y abombadas frentes. Es un conjunto grave y severo, un conjunto que tiene de la grandeza de reinar y de la grandeza de morir. Grandes piedras sepulcrales, de rudas labores, guardan los restos de los Monarcas. Allí duermen Doña Sancha, en quien, con su esposo Fernando I, reuniéronse por primera vez las Coronas de Castilla y

Las Hogueras de Castilla

León; el Infante Don Sancho, el que murió en Uclés, y otros Reyes que fueron el terror de la morisma.

Las Reinas, que aplicando los versos del poeta podríamos llamar *magníficas y fuertes*, comenzaron a florecer entonces; la noble estirpe de mujeres que nació en Doña Sancha, siguió con Doña Urraca y, pasando por la de Molina, llegó a Isabel I de Castilla, allí tuvo su cuna. Como María de Molina, Doña Urraca no quiso reinar ella, y dió el Reino a su hermano, con una perpetua sumisión a la superioridad del varón, pero también en una noble afirmación del poder de la hembra ante la violencia y la injusticia.

IV

EL GATO RUBIO

Los claustros en ruinas me atraen con su belleza, más melancólica aún bajo un sol pálido, casi otoñal, y comienzo a vagar por ellos. Súbitamente el brillar de dos raras piedras, de dos extrañas gemas, que tienen algo del verde profundo de las esmeraldas y algo del dorado de los topacios, me hace detenerme. Es un gato: un gato rubio que toma el sol, perezoso y cruel. En sus gestos de animal joven y egoísta hay una gran voluptuosidad de vivir. Parece, mientras entorna los ojos — raros ojos, cuyo color se me escapa en sus cambiantes de agua profunda, rizada por el viento bajo el sol —,

Las Hogueras de Castilla

gozar de la regalada frescura, de la sombra aromada de flores silvestres, de la sombra silenciosa y sonora de los claustros. Él me dice qué arbitrarios e injustos somos los hombres modernos al sentir el horror al encierro que amaron los religiosos medioevales; él me dice el encanto insuperable de aquella vida en la prodigiosa arquitectura de los Monasterios, con la pompa soberbia de las liturgias para exaltación del espíritu, con toda la ciencia humana en las bibliotecas de miniados códices e historiadas vidrieras.

Y ante el gato rubio, que dormita dejando correr las horas, siento la tristeza de la inutilidad del perenne esfuerzo para conquistar una gloria que dormirá bajo una piedra como las que cobijan la altivez de los Reyes, y con tristeza pienso si no fue-

ra mejor haberse consumido en una llama de amor, o haber pintado unos frescos, o esculpido unas gárgolas, olvidándonos luego de firmarlas.

V

SAN MARCOS

Junto a un río álzase un enorme edificio: San Marcos, que posee una de las fachadas platerescas más bellas que he visto en el mundo. Como esto no es una información, no quiero clamar aquí contra la atroz profanación artística que supone haber destinado un edificio así a fines militares, en vez de cuidarlo como a preciada joya. La fachada es de prodigiosa riqueza, llena de guirnaldas, columnas, repisas, medallo-

Las Hogueras de Castilla

nes, y tan armónica y bien pensada que nada sobra ni falta.

Fué de la Orden militar de Santiago. Ante su magnificencia, ante las maravillas que encierra aún, una de ellas el coro, que creo que será de los mejores de España, percibimos el noble sentido de la vida que ilustró a los caballeros, su orgullo de estirpe, y aquella idea, mitad ascética, mitad heroica, que informó su obra.

VI

LAS PÁGINAS SAGRADAS

En el atardecer, que no tiene la noble aspereza del castellano, hallo un largo paseo que bordea el río, y avanzo por él. No hay nadie; una

Antonio de Hoyos y Vinent

gran sensación de olvido, de muerte, lo invade todo.

Entonces pienso que hay que amar las tumbas olvidadas, los Monasterios en ruinas, las murallas destruidas por el peso de los siglos y las Catedrales vetustas; que hay que amarles como amamos las páginas de un libro que encierra provechosas enseñanzas; que amarlas, sí, pero no dejar que nuestras almas se adormezcan en su encanto, sino hacer que vayan hacia las ciudades nuevas, hacia las ciudades que son forjas de energía, donde nos fortaleceremos en la lucha. Y de tarde en tarde volver los ojos a las urbes pretéritas, para escuchar de ellas la cruel sentencia querida de los místicos: «Lo que eres fui, lo que soy seas».

Septiembre 1917.

Í N D I C E

Págs.

DEDICATORIA 7

AVILA

I. El paisaje	11
II. La ciudad	14
III. Los viejos palacios cerrados . .	19
IV. El espíritu	21
V. Los templos	23
VI. Atardecer	25
VII. El valor representativo de las cosas	26
VIII. La fe.	28
IX. El heroísmo	31
X. Ahora.. . . .	33

SEGOVIA

I. El sortilegio	35
II La nave	36
III El Lonhengrin de Castilla . .	38
VI Isabel la Católica.	41
V. La escondida senda	45
VI El secreto del Sinaí.	48
VII. La fuente escondida y la lluvia ardiente	50
VIII. La ciudad de Dios	51
IX. El alquimista	52
X. Las rebeldes	54

MEDINA DEL CAMPO

- | | |
|---|----|
| I. El solar de los Rothschild | 57 |
| II. El castillo | 61 |
| III. Un viejo palacio | 62 |

VALLADOLID

- | | |
|---|----|
| I. Hoguera y forja | 65 |
| II. La mujer fuerte | 66 |
| III. El Rey | 70 |
| IV. La personalidad universitaria | 73 |
| V. El fuego purificador | 75 |
| VI. Escuela de validos | 77 |
| VII. La moda | 78 |
| VIII. El raro mundo de las estatuas | 79 |
| IX. El rescoldo y la antorcha | 80 |

PALENCIA

- | | |
|-------------------------------------|----|
| I. El letargo | 83 |
| II. El ópalo bajo la luna | 84 |
| III. Su ilustrísima | 85 |
| IV. La visión heroica | 88 |

LAS TUMBAS DE LEÓN

- | | |
|------------------------------------|-----|
| I. León | 91 |
| II. La caja de cristal | 93 |
| III. Las tumbas | 95 |
| IV. El gato rubio | 98 |
| V. San Marcos | 100 |
| VI. Las páginas sagradas | 101 |



